

Pineda y Bascuñán: tribulaciones y reclamos de un criollo chileno del siglo XVII

Óscar Galindo V.

Allá por el año 1673, ya viejo y cansado, el Maestre de Campo Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán ponía punto final a la redacción de *Cautiverio Feliz y razón individual de las guerras dilatadas del Reyno de Chile*¹. El texto fue iniciado en Chile y luego de un largo y trabajoso proceso de elaboración de diversas versiones fue concluido en Lima (Anadón 1977: 153-170). Aún cuando el propósito de su autor es construir un texto de carácter político en el que predomina el alegato y el debate, el libro se ha convertido en uno de los más importantes antecedentes de la literatura colonial chilena y, sin lugar a dudas, en el más relevante escrito por un criollo². El alegato político, ideológico y moral, la narración y la lírica, entre otros componentes, estructuran una obra heterogénea, pero de indiscutible unidad programática, construido a partir de la narración de un breve pero impactante cautiverio en manos de los mapuches. Esta experiencia caló tan hondo en el narrador, aun cuando no la haya aquilatado lo suficiente sino años más tarde, que le sirve

¹ Pese a su importancia el texto no fue editado hasta el año de 1863 por Diego Barros Arana. Posteriormente se han publicado una abundante cantidad de selecciones que ponen énfasis en la dimensión novelesca, autobiográfica y aventurera del texto. Todas las citas corresponden a la edición de Barros Arana (1863).

² La abundancia bibliográfica sobre el autor y la obra tiende a crecer en la medida en que aumenta la certeza de su importancia. Destacan, en particular para el estudio político de la obra en relación con la ideología colonial, el libro de Sergio Correa Bello *El Cautiverio feliz en la vida política chilena del siglo XVII* (1965) y el texto de José Anadón *Pineda y Bascuñán defensor del araucano. Vida y escritos de un criollo chileno del siglo XVII* (1977), que ofrece la mejor biografía sobre Pineda existente a la fecha, así como la edición de sus cartas y de *Relación Verdadera* que remite al Rei nuestro señor un leal vassallo suio significando el estado en que se halla este reino de Chile después de auer llegado a él el governador don Francisco de Meneses. Además Anadón ha publicado diversos artículos interpretativos sobre el tema y ha abundado en su libro *Historiografía Literaria de América Colonial. La revisión de la crítica ha sido realizada por Raquel Chang-Rodríguez en «El propósito del Cautiverio Feliz y la crítica»* (1975), al tiempo que ofrece una interesante interpretación ideológica del texto en *«Conocimiento poder y escritura en el Cautiverio Feliz»* (1982).

para contraponerla a los violentos cautiverios de indígenas en manos de los conquistadores españoles. El cautiverio de ambos lados fue una experiencia tan común a la empresa colonizadora que el mismo Pineda, Ovalle u otros cronistas de la historia de Chile refieren sin acertar a comprender del todo el complejo proceso de segregación y mestizaje que se produjo durante los largos siglos que duró la empresa colonizadora y su valeroso rechazo. Es comprensible que en el imaginario cultural y literario haya predominado el motivo del «cautiverio feliz», sin embargo el rol político jugado por Pineda y Bascuñán que de soldado raso –por orden de su padre don Álvaro– llegó a ser Maestre de Campo General, es decir el principal jefe militar bajo el gobernador, le lleva a exigir un nuevo ordenamiento político-administrativo en el Reino de Chile. Tal vez lo más sugerente en este plano sea su llamado a designar gobernantes de origen criollo y, al mismo tiempo, a reclamar para sí y otros antiguos conquistadores, un trato más justo en mérito a sus servicios. Al igual que muchos otros soldados cronistas, el criollo chileno se ve desplazado por los favoritismos propios de la corte que hacían recaer responsabilidades políticas de relevancia en sujetos carentes de conocimientos sobre la realidad en tierras de Arauco.

El propósito fundamental de la obra es, como el mismo título precisa, no sólo narrar el cautiverio, sino exponer las razones de las «dilatadas guerras del reino de Chile». Este aspecto muestra la dimensión política de Pineda y Bascuñán y, al mismo tiempo, los complejos procesos sociales vividos en Chile, en particular durante el gobierno de Francisco de Meneses³.

Barros Arana en la «Introducción» a la primera edición valora en Pineda su capacidad para comprender las «costumbres, hábitos y preocupaciones» de los mapuches (p. IV). Por haber vivido entre ellos, el autor se transforma en un auténtico testigo y, diríamos hoy, antropólogo participante de la cultura mapuche. Se sorprende sobre todo de los valores morales que, aunque ajenos a los usos españoles, mostraban los rudimentos de una moralidad fácilmente evangelizable por la vía de la persuasión y del contacto pacífico.

³ *Este periodo de la historia de Chile motivó además otro escrito, la Relación verdadera... Este libelo que permaneció como anónimo y cuya autoría atribuye Anadón (1977: 137-151) de modo incuestionable al propio Pineda y Bascuñán, complementa El Cautiverio Feliz a la vez que muestra el proceso de convencimiento ideológico de Pineda para alegar por cambios políticos en Chile. La afortunada convicción de su autor le llevó a preparar cuidadosamente el texto y más allá de los conflictivos planteamientos por él expuestos no cesó en su intento de que lo conozcan las autoridades virreinales y la Corona española.*

El conflicto de Pineda es evidente. Soldado de la Corona, por una parte; encomendero y guerrero ejemplar contra los araucanos, por otra, los defiende en su *Cautiverio feliz...* Este conflicto explicaría la inexistencia de antecedentes sobre el período posterior a su rescate, pues dada su participación en las campañas, restaría crédito a su defensa de los indígenas. Esto nos lleva a pensar que en Pineda interactúan dos ideologemas: el primero legitima la guerra como empresa evangelizadora y civilizadora; el segundo la cuestiona por razones éticas. Por otro lado, dado que el texto es revisado y reescrito durante la vida de Pineda, no resulta extraño su desengaño de la guerra, tópico muy frecuente entre los cronistas coloniales, como es el caso por ejemplo, de *Desengaño y reparo de la guerra de Chile* de González Nájera. A su vez, es necesario comprender que Pineda valora el pueblo araucano dentro de un programa textual e ideológico más amplio: detener la guerra como parte de una política global destinada a posibilitar la reconstrucción y progreso del país.

El debate sobre la legitimidad de la guerra de Arauco queda ya planteada con claridad en *La Araucana* y es tema insoslayable de cuantos escribieron sobre el particular. En los tiempos de Pineda y Bascuñán se contaba, además, con el antecedente notable del padre Luis de Valdivia, jesuita que asombrado por las peripecias de la guerra y el maltrato de los mapuches convenció a la corona de implementar la llamada «guerra defensiva». Ésta imponía una campaña evangelizadora, impedía a los españoles atacar al sur del Bío-Bío, limitaba la defensa a las tierras ya ocupadas y prohibía esclavizar y castigar a los indígenas. La tesis del padre Valdivia tuvo en diversos intelectuales y, sobre todo, entre los sacerdotes jesuitas notable impacto.

En esa atmósfera no es incomprensible la posición de Pineda y Bascuñán, que a un tiempo cuestiona la naturaleza de la guerra como la naturaleza de un gobierno de extranjeros. Su condición de político criollo culto cobra un singular valor y sorprende tanto por la valentía de su alegato contra los gobernadores extranjeros corruptos como por su capacidad de comprensión cultural del otro.

El texto: de «cuán peligroso en estos tiempos es el decir verdades»

Esta extensa crónica «novelesca», ha recibido desde su publicación variados y, a veces, contrapuestos juicios críticos. Uno de los elemen-

tos que siempre ha llamado la atención es su heterogeneidad textual. Mixtura de crónica, biografía personal, discurso moralizante y religioso, poemas y traducciones, entre otras modalidades discursivas. La lectura que tradicionalmente se ha hecho de esta mixtura ha sido negativa. Pese a que es precisamente en estos «excursos» donde se encuentra la ideología de un criollo de avanzada y una perspectiva de cuño barroco. Ciertamente desde una mirada puramente literaria habría sido más atractivo contar con la sola narración del cautiverio y, por consecuencia, con la primera novela autobiográfica de la colonia. Pero es preciso más que lamentar lo que sobra, preguntarse por las razones de su presencia⁴.

El programa textual es mucho más amplio y, por cierto, menos novelesco. No resultará difícil comprender, entonces, que el elemento central no sea la narración misma del «cautiverio», sino el marco ideológico en que éste se inscribe. El cautiverio sirve al narrador como un ejemplo vívido que modifica su percepción de la realidad y se transforma en la motivación para llevar a cabo la redacción de su obra.

El *Cautiverio feliz* se organiza en cinco amplios «discursos» que alcanzan las 540 páginas en la edición de Barros Arana. El discurso primero se abre con una introducción o exordio que otorga el marco ideológico desde el cual se debe recepcionar el texto: «De la adulación y la mentira, y de cuán dañoso y perjudicial sea que los historiadores se dejen llevar de ella, y cuán peligroso en estos tiempos es el decir verdades». Este capítulo, como buena parte de la historiografía literaria colonial, se escribe como contratexto de otras historias supuestamente falsas o mentirosas, movidas por el afán de adulación más que por el amor a la verdad y la patria, que vienen a ser lo mismo. El criterio de verdad resulta ser así una de los elementos centrales de la formación discursiva historiográfica (Mignolo 1981).

El eje narrativo de la obra es el cautiverio, desde su captura a su liberación y reencuentro con los españoles. En este nivel se ve al protagonista como un joven forjado en sólidos valores morales y espirituales transmitidos por su padre. Ejemplar es la narración de su ingre-

⁴ Una lectura en esta línea no es ajena a un estudioso tan perspicaz del *Cautiverio Feliz* como Álvaro Jara quien, en el «Prólogo» de una de las mejores selecciones de la obra preparada en conjunto con Alejandro Lipschutz, llega a decir que presenta el texto «aliviado de esa sabiduría clásico-religiosa que lo despoja de la verdadera emoción, del ritmo y de la vida que adquiere de nuevo una vez que se lo presenta sin estas citas, es decir, en su verdadera forma, que permite mejor apreciar su crítica profunda y reflexiva» (1973: 14).